



LA GUERRA Y LA VIDA DE MAÑANA

(Para LA NACION)

SALAMANCA, febrero de 1915.

Emilio Bontroux, el conocidísimo filósofo francés, dió el 18 de diciembre próximo pasado en la Alianza de Higiene Social una conferencia sobre la guerra y la vida de mañana, que merece, sin duda, algunos comentarios.

Ya han podido ver mis lectores que yo no soy lo que se llama corrientemente un pacifista. He dado mis razones para ello. Mi sentimiento polémico del pensamiento no se aliaría bien con eso que se llama pacifismo. Que la lucha, la inevitable lucha por la vida y por la sobrevivencia, por la subsistencia y por la persistencia, por el pan y por la gloria, se transforme y deje de ser cruenta para adoptar otras formas, no es más que un piadoso deseo. Y como tal deseo, no está mal que persista. El pacifismo es indispensable. Sería un gran daño, un daño gravísimo, el que desapareciera esa suprema aspiración a la paz universal perpetua. Pero no se olvide que el Cristo mismo, el que decía a sus discípulos: «mi paz os traigo», dió que vino al mundo a traer la guerra. Y es que no se afirma la verdadera paz sino con la guerra. Todo eso del arbitraje son ensueños. Por mucho que el linaje humano progresa, no se podrá hacer que desaparezcan ni los hombres de presa ni los pueblos de presa. Para el hombre, o el pueblo que nace o se hace de presa, dejar de serlo es perecer. Las doctrinas de Lombroso y Garófalo se aplican a los pueblos lo mismo que a los individuos. Y vamos a Bontroux.

El cual decía en su conferencia que no es perder tiempo, sino ganarlo, pensar durante la guerra en lo que después de ella pueda suceder. En lugar de oponer—decía—en re sí y como cosas contradictorias, la guerra y la vida, debemos esforzarnos por sacar de la guerra misma lo que puede contener de favorable al mantenimiento y al mejoramiento de la vida.

Pasa luego Bontroux, después de repetir lo de que la guerra es la destrucción—destrucción material, acaso destrucción espiritual, digo yo—a decirnos que no todo lo que existe es igualmente digno de subsistir. «Nuestras villas, nuestros campos, encierran un número de habitaciones insalubres que no nos decidimos a demoler». Se comprende lo que sigue a esto. Y así es, sin duda. Se ha visto a no pocas ciudades resurgir más poderosas, más bellas, más salubres, después de un bombardeo. Y hay veces en que la guerra lo que destruye son ruinas, verdaderas ruinas.

«Pero no es solamente—agrega Bontroux—tal o cual elemento de nuestra existencia lo que será así útilmente renovado. Es nuestra vida misma, en su fuente, la que cobrará nuevo empuje. Una naturaleza generosa se esfuerza en reparar sus pérdidas. Por una especie de ritmo natural la muerte suscita la vida. Después de 1870 Francia se ha recogido, y ha brotado, en todos sentidos, brotes generosos. ¡Cuál no será su poder de desarrollo, después de esta terrible prueba, sobre todo si, como todo nos lo dice, el éxito nos es favorable! Entonces se resolverá, espontáneamente, ese terrible problema de la natalidad ante el cual la ciencia, la acción social y la legislación se han visto impotentes. La causa de la débil natalidad reside, en último análisis, en el egoísmo, en el propósito deliberado de no considerar más que el presente, o el mañana estrictamente inmediato.

Con la confianza en el porvenir, con las vastas y lejanas perspectivas, despiértase el deseo de sobrevivirse por la familia, de engrandecerse, de glorificarse en sus descendientes. La vida que, según la naturaleza, tiende a perpetuarse, está estorbada o favorecida en el hombre por el temor o el amor de esa perpetuidad misma.»

No es Bontroux el único, seguramente, que espera que esta guerra le cure a Francia, por más o menos tiempo, de esa terrible enfermedad moral que, con otras causas, contribuía más que nada a su despoblación sistemática. En estos últimos años espíritus generosos y clarividentes patriotas daban de vez en cuando en Francia el grito de alarma contra el terrible régimen inmoral del hijo único o de los dos hijos a lo sumo. Y ante ese problema resultaban impotentes, como Bontroux dice muy bien, la ciencia, la acción social y la legislación. ¡Como que el problema era y es ante todo y sobre todo un problema de orden religioso! Y es la religión, la religión cristiana por supuesto, lo que va a salir fortificada y renovada en Francia, después de esta lucha, en que yo me atrevo a predecir en qué forma dogmática y confesional, que esto es ya secundario. La guerra va a ser como una poda. Comprenderá la nación que tiene que reparar sus pérdidas, que la mayor riqueza de un país son sus hijos y que no hay que preocuparse demasiado de que hayan de sufrir y morir, pues su destino y su dicha están más allá del dolor y de la muerte.

«Una vasta carrera se abrirá ante la ciencia, ante el arte, ante la literatura, ante la actividad práctica bajo todas sus formas—sigue diciendo Bontroux.—Y sin duda brotarán espontáneamente la originalidad y la novedad que en vano se trataba provocar por la erudición y por la voluntad de ser originales, ¡Y que puede decirlo, mucho mejor que otros, este Bontroux que lo dice! Porque él, genuino pensador francés, comentador de Pascal, pertenece a la noble tradición de los filósofos castizamente franceses, claros, sencillos, humanos, literarios y nada pedantes, técnicos ni especialistas, a la tradición de un Descartes. Después de la guerra del 70 invadió a la universidad francesa un cierto pedantesco tecnicismo científico y filosófico procedente del mandarínato tudesco. O esa erudición soporífera y detallista o una cierta voluntad de ser original, como la que trabajaba el atormentado espíritu de aquel pobre loco que fué Nietzsche, empeñado en decir cosas más radicales que cuantas hasta entonces se hubiesen dicho. Era el deseo de «épater le bourgeois».

Dice luego Bontroux que la guerra pone en juego todas las facultades del hombre y le hace contraer hábitos que interesarán a su vida entera. Y ante todo hábitos físicos de «sobriedad, resistencia, saltara, capacidad de esfuerzo y resistencia a la fatiga y al dolor». Las medidas más contrarias a la indulgencia de ayer se aceptan hoy sin objeción; tal la proscripción del ajeno.

Sólo con esto de que, merced a la guerra, logren atajar los progresos del alcoholismo pueden darse por indemnizados de ella los franceses. Porque el alcoholismo es mil veces peor que la guerra. No sólo mata, y tanto o más que ésta, sino que envenena las generaciones venideras y arramplona y vulgariza el alma de un pueblo. El pensamiento de un pueblo de alcohólicos se distingue por su monotonía y su inmovilidad. A favor de la guerra el parlamento francés ha tomado enérgicas medidas contra el consumo del ajeno. Y en Rusia se ha suprimido, gracias a

la guerra, el vodka. Era una medida que no se había tomado antes por razones... ¡fiscales! porque esa bebida rendía grande contribución al tesoro público.

Lo de siempre: los estados procurando recursos del vicio, de la degradación de los ciudadanos. Cuando el zar fué a Moscú a proclamar, según costumbre, la guerra santa, fué saludado por un discurso de un hombre notable, llamado Lapine, en quien ya había reparado año y medio antes, cuando fué a presidir la inauguración del monumento a Alejandro III. Habló Lapine con elevación y ardor, y el zar, conmovido, le preguntó: «¿Tienes algo que pedirme?» «La abolición de la «vodka»—respondió Lapine—y lo defendió con tal fuerza, que Nicolás II dijo: «Así sea» Y ha acabado el zar por dar un «úkase» prohibiendo fabricar y vender alcohol. Y se ha notado que después de tal medida, la movilización del ejército se hacía con maravillosa regularidad. Y dícese que hoy esos rusos, motejados de borrachos durante tanto tiempo por sus actuales adversarios, les devuelven la pelota. Y se dice que aunque tan reciente empieza a notarse en Rusia el efecto de esa medida salvadora, que la guerra ha provocado.

Signe diciendo luego Bontroux que la guerra hará desaparecer una porción de necesidades ficticias e imaginarias que se toma por impuestas por la naturaleza o por la civilización «La civilización es—dice—por un cierto lado la invención de mil necesidades extrañas o funestas a la naturaleza. Una gran parte de esas necesidades son otras tantas cadenas, causas de fragilidad y de debilitamiento. Y he aquí que, faltando todo eso, superfluo no tenemos sentimiento alguno de privación; tenemos, por el contrario, conciencia de recobrar plena posesión de nuestras fuerzas, y de hallarnos mejor para cumplir obras útiles».

Seguramente que habrá entre mis lectores quienes conozcan un libro de un pastor protestante francés, Carlos Wagner, titulado «La vida sencilla» (La vie simple) que obtuvo hace cinco años gran éxito y no sólo, ni principalmente en Francia, sino en los Estados Unidos a donde Wagner fué a dar conferencias. Y, lo que en ese libro se recomendaba, era precisamente la sencillez de la vida, la limitación de las pseudo-necesidades ficticias, la guerra a aquellos «paraísos artificiales» de que habló Baudelaire, uno de los franceses que más daño han hecho a su patria. El que conozca una obra abominable de Huysmans, que tantas cosas abominables escribió—y no menos las últimas, cuando dió en la enfermedad voluptuosidad de la liturgia y en una especie de lujuria espiritual—la que se titula «A revours», y en que aparece aquel loco de Des Esseintes, comprenderán de qué enfermedades espera Bontroux que cure la guerra a su patria. ¿Y qué diremos a aquel Mr. Phocas del monstruoso Jean Lorrain?

«Y al mismo tiempo que una educación física—sigue diciendo Bontroux—la guerra es una educación intelectual. El peligro que, en la escuela, amenaza a la inteligencia es de tomarse a sí misma por fin, es decir, de dejarse seducir por la evidencia y la armonía de sus concepciones, o por la elegancia de sus razonamientos, o por confundir sus ideas con la realidad. Dogmatismo o dilettantismo; en uno de estos dos escollos va a dar la inteligencia que no se siente responsable más que ante sí misma.»

El mal que aquí señala Bontroux es





el del intelectualismo, que acaba siempre en escepticismo o en pesimismo. ¿No habéis leído una obra de un Jules Gaultier, titulada «De Kant a Nietzsche», es decir, de un prusiano a otro prusiano? Pues en esa obra corrosiva se alaba un francés de que sus compatriotas no se dejan engañar por las viejas ilusiones trascendentes, lo cual no es, gracias a Dios, cierto. Se envanece de que son un pueblo de desengañados, de «desabusés». Y el actual presidente del consejo de ministros de Francia, M. Viviani, se jactaba una vez en pleno parlamento, entre los aplausos de la extrema izquierda, de haber ellos, los nuevos jacobinos, apagado con un gesto magnífico las luces del cielo y haber arrancado del alma del pueblo la creencia en otra vida. Pero ya verán cómo la guerra vuelve a encender, o mejor, vuelve a descubrir esas eternas luces celestiales que creían esos hombres haber apagado y cómo los muertos en la guerra, porque serán ellos, los muertos, enseñan a los vivos la eterna esperanza, por irracional e ilógica que sea, de otra vida. Y vuelvo a repetir que no sé, ni me importa, bajo qué forma dogmática y confesional. Porque esto nada tiene que ver con ese galimatías de clericalismo y progresismo.

Ni soy de los que creen que esta guerra es la bancarrota de la democracia y del socialismo, sino todo lo contrario. Sólo que democracia y socialismo y liberalismo es una cosa, y eso de apagar, con gesto más o menos magnífico, las luces del cielo es otra. Hace falta, además, brazo muy largo para meterse a apagar luces del cielo. «En fin, la guerra es evidentemente una educación moral»—añade Bontroux. Lo que no dejará hasta de escandalizar a ciertos pacifistas, que se empeñan en no ver las virtudes guerreras, virtudes que se aprovechan en tiempo de paz. Como que la palabra misma virtud no quiere decir otra cosa que valor. Y no me refiero especialmente a esa obediencia y subordinación mecánica que convierte a un ejército en un cuerpo de autómatas, no. Eso no es educación que valga. El especial ordenancismo militar que convierte a hombres libres en meros instrumentos de un estado mayor, en peones de un tablero de ajedrez, no es fuente de virtudes. No creo en el heroísmo de los peones de madera de boj de un juego de ajedrez, ni en el de sus caballos y alfiles y torres y rey y reina, aunque se dejen hacer astillas. Conoció un jugador veheméntísimo, allá en los años en que también yo solía perder el tiempo jugando a ajedrez, que al llevar a cabo una jugada que creía decisiva, como al dar

jaque, golpeaba con la pieza el tablero. Y una vez en uno de estos golpes, descabezó a un alfil. Mas no por eso se me ocurrió reputar heroico al alfil que tan pasivamente se dejó así descabezar. El heroísmo es otra cosa. Y hay algo que parece heroísmo y no pasa de ser lo que Chesterton llama obediencia brutal, y en ciertos casos llamaría yo «pelicularidad», o sea el sentimiento de impresionar una pellicula con algo de parada y que parezca colosalmente estupefaciente. No, las virtudes que la guerra cria son otras.

«Nos enseña ante todo—dice Bontroux—a practicar cordialmente ese deber de tolerancia en materia de opiniones que tanto trabajo cuesta demostrarnos y hacernos observar en tiempo de paz. ¡Qué abstractas y superficiales no nos parecen hoy esas divisiones políticas, religiosas, sociales,

que ayer todavía creíamos irremediables! Las diferencias estriban, en gran parte, en palabras más que en cosas, puesto que los espíritus y los corazones de todos los franceses, indistintamente, tienen conciencia hoy de no formar más que uno, de pensar y sentir lo mismo tocante a las condiciones primeras de nuestra existencia y de nuestro honor. ¿Quién podría persuadirles de que pertenecen a campos diferentes a esos soldados que se encuentran juntos una noche de batalla y se abrazan y sienten que la prueba común les ha unido para la eternidad?»

Si, esto está bien, muy bien y es muy verdad. Pero esas divisiones políticas, religiosas y sociales resurgirán después de la guerra, gracias a Dios. Y deben resurgir. Sólo que resurgirán con una conciencia renovada de que debajo de lo que separa hay lo que une y que existe una última solidaridad de combate, no sólo entre los que combaten juntos por una misma causa, sino entre los que combaten unos contra otros por sendas causas contrarias. La guerra cruenta trae el sentido de las leyes morales de la guerra incruenta. El católico y el jacobino franceses que han luchado juntos por la patria común y por la libertad de esa patria y por la libertad también de su discordia, porque no sea un tercero y extranjero quien ponga una mortífera paz entre sus sendos ideales, sentirán, cuando después de restañada la guerra reanuden su vieja lucha civil, que son los dos franceses, que son los dos hombres, que hay algo que les une y hermana por debajo de lo que les separa.

Dice luego Bontroux hablando de las pasiones egoístas, que la presente guerra tiene el notable carácter de formar igualmente sus almas,—las almas francesas—en las virtudes modestas y obscuras que, menos que las virtudes brillantes, parecían convenir al temperamento de su raza, de la raza francesa. Y esto sí que es verdad. En esta guerra parecen los franceses haberse curado de su vieja petulancia. Esta, la petulancia, ha pasado a la otra banda. No se ha oído el «¡a Berlín! ¡a Berlín!», y sí un «¡a París! ¡a París!», pero como cumple al espíritu matemático y científico y metódico—o por lo menos metodológico—del germano, determinando previamente el día preciso en que la gran máquina humana del ejército daría el jaque mate de meterse en París mediante un ataque a lo Sauer, porque también esto tiene su término técnico. Y así como se dice la enfermedad de Sauer o el fascículo de Hirsch o la trompa de Eustaquio, se dice el ataque a lo Sauer. Sí, en esta guerra, hay que confesarlo, de Joffre al último soldado parecen exentos de pedantería militar los franceses. Y esa es de todas las pedanterías la más insportable.

Pero el discurso de Bontroux es largo y aun nos queda no poco que comentar en él.

MIGUEL DE UNAMUNO.

